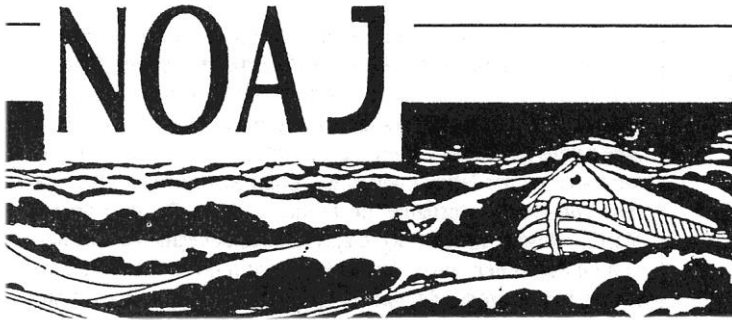




Año III, N°. 3-4, mayo de 1989

Semprún, Jorge. De la perplejidad a la lucidez. pp. 151-156

y somos mortales, porque ansiamos la pureza y somos corruptibles, porque ansiamos la perfección y somos imperfectos. Un Dios no escribe novelas. Porque somos precarios y destinados a la podredumbre y la muerte, el hombre seguirá creando esas mitologías de sus ficciones, para reconocimiento de su condición pero también para salvación de su alma.

Ahora que comienzo a contemplar mi vida retrospectivamente, observo que no he hecho más que rumiar algunas pocas obsesiones, que a veces se mostraron en tentativas racionales, en ideas sobre el drama del hombre moderno, y a veces en oscuras y contradictorias fantasías del inconsciente. No sé qué suerte reserva el implacable tiempo a estas tentativas. Pero si es cierto lo que acabo de decir, si un fragmento de mi tan imperfecta obra perdura, ha de ser alguno de esos inexplicables delirios. Porque, como dijo Hölderlin, cualquier ser humano es un dios cuando sueña y apenas un mendigo cuando piensa. ♦

De la perplejidad a la lucidez

De la perplejidad a la lucidez: abordar este tema es abordar la esencia misma del quehacer filosófico. No hay reflexión teórica digna de este nombre que no arranque del asombro, de la duda. De la perplejidad, en fin de cuentas. Un pensamiento afincado en la certeza absoluta de sus propios postulados o puntos de partida no sería tal, en verdad. Sólo sería discurso monolítico, dogmático, monólogo.

Diciéndolo con palabras de Javier Muguerza, uno de los filósofos españoles más interesantes y rigurosos de nuestros días: *La perplejidad no es tan sólo un signo de los tiempos que vivimos, sino también, y en cualquier tiempo, un acicate insustituible*

Jorge
Semprún

Extracto del discurso pronunciado por Jorge Semprún, Ministro de Cultura de España, en el acto de recepción del Doctorado Honoris Causa en la Universidad de Tel Aviv, 19/3/89.

de la reflexión filosófica. Por eso Ortega, para quien "la vida es permanente encrucijada y constante perplejidad" solía decir que "el más certero título de un libro de filosofía es el que lleva la obra de Maimónides". La filosofía es siempre, por lo tanto, una Guía de Perplejos. Y con harta frecuencia le pedimos que "nos saque de" la perplejidad.

Desde la perplejidad de hoy, Alicia Axelrod, autora de un ensayo sobre **Maimónides filósofo**, publicado no hace mucho por la Universidad de México, formula un interrogante al cual es imposible que dé respuesta el pensador cordobés: "¿Qué significa ser judío después de Auschwitz?" Pregunta que precisa Alicia Axelrod a continuación de forma más implacable: "¿Qué significa ser judío después de la muerte de Dios?"

Esta última pregunta puede ser generalizada, desde luego, ampliando su validez al conjunto de la condición humana, inspirose o no en el judaísmo. "¿Qué significa **ser** después de Auschwitz?" "¿Qué significa **pensar**, por tanto, ya que es inconcebible vivir sin pensar?" Vivir de verdad, por frágil que ésta sea, evanescente, acaso dolorosa.

Javier Muguerza, cuyo próximo libro se titula precisamente **Desde la perplejidad**, recoge estas interrogaciones de Alicia Axelrod y las formula así por su cuenta y riesgo: "¿Qué porvenir aguarda a la razón humana después de Auschwitz (y del Gulag o Hiroshima), después de la muerte de Dios, después del ocaso de la reigión sobrevenido por la Modernidad?"

Esta es la cuestión, sin duda. Vayamos a ella, aunque sea a través de los senderos laberínticos de la perplejidad.

La escena es en Viena, en noviembre de 1936. Se está festejando el 50º aniversario del escritor Hermann Broch. Ha tomado la palabra Elías Canetti.

Conviene subrayar el momento histórico. En el mundo, acaba de comenzar la batalla de Madrid, casi totalmente sitiada por los ejércitos del general Franco. Llegan a España los primeros combatientes de las Brigadas Internacionales, pero, simultáneamente, Stalin ha comenzado a exterminar a sus adversarios políticos, presuntos o reales, en las filas de su propio partido. Unos meses antes, en agosto de 1936, ha tenido lugar el primero de los espectaculares procesos de Moscú, que les ha costado la vida a Kamenev y a Zinoviev.

También en la Alemania nazi está alcanzando su apogeo el sistema totalitario. Hitler ha reocupado la zona desmilitarizada de Renania, acelerando el rearme de la Wehrmacht. Ha comenzado a manifestarse agresivamente la exigencia de remodelación de las fronteras del tratado de Versalles. Se acentúa en el país la persecución de los judíos: comienzan a funcionar campos de concentración con carácter permanente.

La evolución de la situación histórica en Europa Central es valorada con inquietud, con verdadera angustia, en el círculo de intelectuales y escritores vieneses próximos a Hermann Broch y a Elías Canetti.

Este, lógicamente, se refiere a dicha circunstancia europea, en su discurso de aniversario. ¡Admirable discurso! En pocas palabras, caracteriza la perplejidad intelectual ante "la tensión brutal y llena de horror en la cual vivimos", perplejidad que se traduce

en la desaparición de toda posibilidad de asombro racionalizable.

El asombro dice Canetti, *"fue sin duda aquel espejo del que a menudo se ha hablado, que reproducía fenómenos en una superficie más plana y más tranquila. Hoy, dicho espejo se ha roto; y los añicos del asombro se han vuelto diminutos. Pero hasta en el más mínimo añico ningún fenómeno se refleja ya entero; siempre lleva consigo su opuesto; veas lo que vieras, y por un poco que lo veas, ello se anula a su vez, por el mero hecho de verlo."*

Pero en ese mundo de violencia, de ascendente barbarie totalitaria, donde no es fácil orientarse, Elías Canetti ejemplifica, en su vida y obra de Broch las tareas del poeta.

Todo gran poeta es de su tiempo, en primer lugar. Estar por encima de su tiempo, dice Canetti, es no estar en ningún sitio. O estar perdiendo el tiempo, precisamente. Todo gran poeta, en segundo lugar, debe tener la pasión de la universalidad, la seria voluntad de resumir su tiempo, asumiéndolo. Y, por último, todo gran poeta debe alzarse contra su tiempo, cuestionarlo globalmente: si olvida esta contradicción, se convierte en un renegado. Arte poética, sin duda. Arte de vivir, asimismo: **guía de perplejos** ante la terrible Europa de los años treinta. *Moré Nevojim*.

La humanidad, dice Elías Canetti al concluir su discurso de aniversario, sólo está indefensa allí donde carece de experiencia de memoria. Y añade, manejando súbitamente el tono profético que he aludido: "El mayor de todos los peligros surgidos a lo largo de la historia de la humanidad ha elegido a nuestra generación como víctima."

¿En qué consiste este peligro?

Para describirlo, Canetti comienza con una aparente digresión metafórica, de profundo alcance filosófico, sin embargo, como luego se verá. "Más que a nada," dice Canetti, "el hombre está abierto al aire. En él se mueve como Adán en el paraíso... El aire es la última dádiva. Todo el mundo tiene derecho al aire. No está repartido de antemano: hasta el más pobre puede servirse. Incluso si alguien muriese de hambre, hasta el último momento, al menos, habrá podido respirar."

"Esta última cosa que nos era común," afirma Canetti con su voz profética, "va a envenenarnos a todos en común. Lo sabemos: pero aún no lo notamos, porque nuestro arte no es el de respirar."

Y termina así: "La obra de Hermann Broch se alza entre una guerra y otra guerra: guerra de gases y guerra de gases (*Hermann Brochs werk steht zwischen Krieg und Krieg, Gaskrieg und Gaskrie*). Podría ser que notara todavía, ahora, en algún sitio, una partícula tóxica de la última guerra. Pero esto es improbable. **Lo cierto es que él, que sabe respirar mejor que nosotros, ya se asfixia hoy con el gas que, un día indeterminado, nos cortará la respiración.**"

Sin duda el origen de este dicho profético de Canetti se encuentra en la correspondencia y en las conversaciones del propio Broch. Así, por ejemplo, poco antes de su aniversario, Hermann Broch escribe a Ernst Schonwiese y le habla de la "gran gasificación" (*die grosse Vergasung*) que se avecina. Sin duda también están pensando Broch y Canetti en una nueva guerra mundial en que volverían a utilizarse masivamente los gases



asfixiantes. Pero esta explicación filológica, por certera que sea, no altera ni disminuye la pavorosa precisión profética. *Die grosse Vergasung*, la gran gasificación, ha tenido lugar. La guerra de gases contra el pueblo judío ha tenido lugar.

Sobre la lucidez de Broch y Canetti conviene reflexionar ahora.

He dicho que la metáfora de Canetti sobre la respiración tenía un alcance filosófico. Y es que, desde que los orígenes mismos de la filosofía — y en ello queda codificado en el mito o relato platónico de la caverna, en el séptimo libro de **La República** — la tarea teórica de la lucidez siempre se ha asociado con la visión, la vista, el punto de vista, la perspectiva o el horizonte. El ojo humano ha sido el primer instrumento del conocer y ello ha engendrado todo un sistema de codificaciones visuales de la empresa epistemológica.

A este respecto, la formulación más precisa y también más polisémica se encuentra en Aristóteles, en el libro *alpha* de la **Metafísica**, cuando nos dice que *los hombres se ven cegados por la evidencia de los hechos como los murciélagos por el resplandor diurno*.

Metáfora aristotélica que sería instructivo cotejar con un texto talmúdico en el que se habla de la fábula del gallo y del murciélago. Ambos esperan la luz del alba. Y el gallo le dice al murciélago: Yo espero la luz, porque la luz me es familiar, pero tú, ¿para que te sirve la luz?

Se refiere a esta fábula Emmanuel Levinas, en uno de sus espléndidos comentarios a los textos mesiánicos. Y la utiliza para subrayar la función de la inteligencia. “La alondra que saluda al

sol”, dice Levinas, “todo el mundo puede hacerlo. Todo el mundo es capaz de saludar a la aurora. Pero distinguir el alba en la noche oscura, la proximidad de la luz antes que resplandezca, en eso consiste tal vez la inteligencia.”

No es el momento, sin embargo, para un excursus por los vericuetos de esta problemática. Una palabra más, tan solo, para sugerir que la exploración del problema de la lucidez filosófica, desde los textos clásicos de la filosofía griega o de los comentarios talmúdicos, podría culminar en la reflexión sobre un bellísimo aforismo poético de René Char.

En sus **Feuillets d'Hypnos**, en efecto, libro admirable nacido de la experiencia de René Char durante la Resistencia antinazi — libro, por otra parte, que mereció un pertinente estudio de Hannah Arendt — dice el poeta, *la lucidité est la blessure la plus rapprochée du soleil*.

Pero no era en el acotado territorio filosófico de las metáforas visuales o visionarias donde se expresaba, en noviembre de 1936, en Viena, la lucidez de Elías Canetti y de Hermann Broch. Dando un giro sorprendente a toda una tradición epistemológica, ellos se expresaban en el territorio novedoso, inédito, de un código mucho más corporal, más vinculado con alguna de las funciones esenciales del vivir: la respiración.

¿Me permiten ustedes, llegados a esta nueva encrucijada en el camino de esta reflexión, de esta perplejidad, una evocación personal? Tan personal e íntima que tal vez sea incomunicable, tal vez incluso indecente, pero tengo que arriesgarme a intentar comunicarles. Y tal vez sea Israel el único país en que ese riesgo

de incomunicabilidad pueda ser arrojado con serenidad. En que lo incomunicable forma parte de la conciencia histórica colectiva.

Todos los que hemos conocido los campos de concentración hitlerianos compartimos en nuestras diferentes memorias algo en común: un recuerdo en que se cristaliza, con sobresalto, la vivencia de aquella muerte. Un recuerdo diverso en su contenido pero idéntico en su sustancia formal. Un recuerdo físicamente reconstruible, con la densidad de las sensaciones inmediatas. El recuerdo de una voz, de un olor, por ejemplo.

Yo recuerdo, entre los millares de recuerdos posibles, latentes, agazapados para siempre en la memoria vital de aquella muerte, recuerdo la voz ronca, atemorizada también, de algún suboficial de la S.S. en el circuito de altavoces de Buchenwald. Eran las noches en que las escuadrillas de bombardeo aliadas se adentraban en el cielo alemán. Y eran noches como todas las noches, en que funcionaba el crematorio. Y como todas las noches se alzaban, muy por encima de la maciza chimenea, las llamas del crematorio. Y entonces, para evitar que aquellas luces sirviesen de señal orientadora a los pilotos aliados, el suboficial de la guardia de la S.S. daba la orden de apagar el crematorio. *Krematorium, ausmachen! Krematorium, ausmachen!*

Aquella voz nocturna, pues. Y el olor del humo del crematorio día y noche, sobre las laderas del Ettersberg.

Más tarde, años más tarde, cuando descubrí el discurso de Elías Canetti, pensé que había descrito de antemano, proféticamente, con lucidez herida por la monstruosidad de su verdad, la

situación irrespirable, literalmente, del universo de los campos de concentración.

He mencionado a Elías Canetti, a Hermann Broch, intelectuales judíos, cuando se ha tratado de explicitar la lucidez de una visión de la realidad — previsión, más bien — lucidez surgida de una perplejidad positiva, operativa.

Podía haber mencionado otros intelectuales que ejercitaron entonces, en aquellos terribles años treinta, su capacidad de lúcida comprensión del decurso de los acontecimientos.

Podía haber mencionado a Edmund Husserl, su conferencia de mayo de 1935 sobre **La crisis de la humanidad europea y la filosofía**, conferencia dictada en Viena (otra vez! parece que el escenario geográfico-cultural de la lucidez estaba muy circunscrito, en aquella época).

Podría haber mencionado a Herbert Marcuse, que publicaba en París, también en 1935, su famoso ensayo sobre el fascismo, en que figuraban ya algunas páginas definitivas acerca de la filosofía de Heidegger, páginas que habrían hecho prácticamente inútil la tediosa y recurrente polémica sobre las relaciones de aquél con el nazismo, de haber sido rectamente entendidas y dadas ampliamente a conocer.

Junto a Broch y a Canetti, junto a Husserl y a Marcuse, podría haber mencionado a otros que han elaborado los principios de una moderna **Guía de Perplejos**: a Walter Benjamin, a Sigmund Freud, a Albert Einstein, por ejemplo.

Pero todos, con alguna honrosa excepción, habrían sido intelectuales judíos. Como si en el momento en que Europa iba a

sumirse en el silencio tumultuoso, ensordecedor, de la barbarie totalitaria, hubiese sido la profética y analítica voz judía de la cultura europea la más capaz de expresar la perplejidad de la situación, la más idónea para contemplar — o respirar — el presente y vislumbrar — o escuchar — el porvenir.

Como si, entre una guerra de gases y otra guerra de gases, se hubiese depositado en la intelectualidad judía de Europa la misión de lucidez y de rescate de una razón crítica, de una razón con esperanza tenaz, con utopismo práctico. Aunque definitivamente desprovista de ilusiones: lucidez herida por el sol cegador de la ilusión de verdades absolutas, ya rebasadas.

Ahora podemos responder provisionalmente a la pregunta formulada por el filósofo español Javier Muguerza. Después de Auschwitz, después de la muerte de Dios, en plena crisis de los valores de la Modernidad, el porvenir de la razón sólo puede construirse, aunque sea en situaciones históricamente diversas, por el camino de la razón misma. Razón crítica, dialogante y democrática.

De todo lo dicho — o más que dicho, balbuceado, esbozado, como apunte y esquema de una reflexión que necesitaría articularse con mayor rigor y profundidad — de todo esto, en cualquier caso, parece desprenderse una conclusión.

La tarea que la historia impone sin duda a la intelectualidad judía de hoy, principalmente en Israel — que es resultado, en buena medida, de aquella razón crítica y profética de los años treinta — la tarea de hoy consiste en afrontar la situación de vuestro entorno con la misma audacia reflexiva, con la misma

imaginación práctica que demostró poseer la generación de intelectuales judíos europeos a que he aludido.

Sobre vosotros, intelectuales y políticos de Israel, ciudadanos de Israel, pueblo en armas de Israel, recae una responsabilidad específica. Sin duda mayor que la que incumbe a los demás grupos y pueblos de la región. Y recae en vosotros por vuestra tradición, por la altura de vuestros ideales, por la razón democrática y utópica que os ha devuelto vuestro patrimonio y abierto nuestro porvenir.

No habéis sobrevivido a tanta guerra de exterminio para atrincheraros en vuestra razón de ser, permanecer inmóviles en ella. Habéis sobrevivido para inventar una solución a lo que parece no tenerla. Habéis sobrevivido para escribir una nueva **Guía de Perplejos**, el *Moré Nevojim* de nuestros tiempos.

Y sin duda podrá ayudaros — ayudarnos también a los que queremos ayudaros — el ejemplo remoto pero perdurable y entrañable, de Rabí Moshé ben Maimón, **el Sefaradí**, que tuvo que huir de España por culpa del integrismo de los Almohades, que encontró refugio en El Cairo, que escribió unas veces en árabe y otras en hebreo, que fue defensor del diálogo entre todas las culturas y enemigo de todas las intolerancias, que fue maestro de perplejos y ejemplo de lucidez, y que duerme el sueño de los Justos en Tiberias, en esta tierra patria de los unos y de los otros.

